

mados de espadas, rodela y lanzas; ochenta y seis ginetes, diez y ocho piezas de artillería, tres gruesos, de hierro, y quince falconetes de bronce con suficiente pólvora y balas.

El 21 de Mayo (1521) salió Cortés con sus capitanes hasta un cuarto de legua de Texcoco, para recibir á los tlaxcaltecas que se presentaron en órden. Cortés abrazó á los capitanes y fué á darles alojamiento; el número de éstos aliados, ascendió á casi ochenta mil, despues llegaron los de Huejotzingo, Chalco, Tlalmanalco y Cholula, en número de treinta mil, ansiosos de apropiarse los despojos de México. De Texcoco partieron las tres divisiones que ocuparon las calzadas de Itztapalapan, Tacuba y Coyoacan, al mando de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid.

Al salir de Texcoco se aventuró Xicotencatl, á cuyo cargo estaban las numerosas tropas de Tlaxcala, á abandonar el ejército: se llevó algunas compañías y se valió de la noche para irse, unos dicen que con el designio de apoderarse del primer puesto de su Nacion y otros que por el mal trato dado á un primo suyo por los españoles, y algunos aseguran que influyó el amor de una dama y que fué impulsado por el ódio á los conquistadores y el deseo de aliarse con los mexicanos. En la division de Alvarado aconteció la defeccion; Cortés tuvo aviso desde luego; fueron enviadas tres compañías de españoles y varios escuadrones de texcocanos y chalcas, con órden de que si acaso se resistia Xicotencatl lo mataran; el fugitivo no opuso resistencia y cayó en poder de sus perseguidores.

Á Texcoco llegó por el camino de Tlaxcala, un grupo de peones y ginetes, conduciendo en medio de sus filas á Xicotencatl que caminaba con la frente levantada, orgulloso cual si fuera mandando á sus aprensos; atravesaron las calles y se dirigió el grupo al lugar en que estaba la horca á orillas del lago; le fué notificada la sentencia: debia morir por haber abandonado sus banderas, y por haber dado mal ejemplo á los fieles aliados; nada contestó el caudillo de la independencia de la República de Tlaxcala y espiró suspendido del cuello, sin que se levantara en su favor protesta ni queja alguna, ni aun de su padre D. Lorenzo de Vargas, que así fué llamado Xicotencatl el viejo.

Cortés se embarcó en un bergantin con Ixtlilxochitl y fácilmente se enseñoreó de la Laguna, cuyo dominio quedó por parte de los sitiadores, alcanzando sus buques el crédito de incontrastables; usó tambien las canoas de Texcoco, Chalco y de otras poblaciones de las lagunas; Ixtlilxochitl aconsejó á Cortés que prendiera fuego á las casas de los mexicanos y en una sola noche fueron quemadas quinientas. En uno de los asaltos á la capital, quedó prisionero Coanacotzin, el rey de Texcoco. Concluido el sitio y retirado Cortés á Coyoacan, despidió á los aliados que regresaron á sus poblaciones. Los texcocanos fueron llamados para trabajar en las obras de reedificacion de la capital, que no habria sucumbido sin el auxilio poderoso que le proporcionaron los celos y disgustos de los súbditos del imperio mexicano.

Tales fueron los acontecimiento mas notables de Texcoco, residencia principal de los chichimecas, centro del gobierno de Netzahualcoyotl, tan insigne en la toga como II.—131.

mo en la espada. Texcoco se mantuvo muchos años en la opulencia; en sus academias se aprendía el manejo de las armas y la manera de descifrar los caracteres con que escribían su historia, caracteres semejantes á los que usaban los egipcios; enseñaban también á los jóvenes, los ritos y las ceremonias, la manera de formar los calendarios, que comparados con los europeos, guardan armoniosa concordancia en cuanto al cómputo de los años y al movimiento de los astrós, explicando por medio de figuras simbólicas al hombre, los animales, las casas, árboles, plantas y todo cuanto querían transmitir á la posteridad. En Texcoco residían porción de agoreros y nigromantes, á quienes consultó Moctezuma cuando se aproximaba Cortés á la capital.

Aun despues de la conquista se mantuvo Texcoco por algun tiempo muy poblado; multitud de indígenas, cuyo número pasa de siete mil, han quedado residiendo en el centro y en los barrios. Ha habido cura religioso de San Francisco, que administra en idioma mexicano; además del convento y casa de voto de religiosos de la órden seráfica, hubo otro de los de San Juan de Dios, dedicados á socorrer á los enfermos; Texcoco dista de México nueve leguas al Oriente, con inclinacion al Norte, y está situado al pié de la sierra que sirve de muro oriental al Valle de Tenoxtitlan; ocupa los 19 grados, 30 minutos y 50 segundos de latitud, y su longitud oriental en el meridiano de México, es de 14 minutos 1 segundo.

A Texcoco le queda una bonita avenida con calles embanquetadas, sombreadas por hileras de *troenos*, hay habitaciones lujosas, con salas perfectamente amuebladas, cubiertas con tapices y cortinas cruzadas; los patios ostentan la galanura de vigorosa vegetacion y todo respira allí contento y alegría. Los texcocanos se divierten en varias épocas del año, pero principalmente en la Pascua de Espíritu Santo, con motivo de las fiestas que se verifican en el molino de Flores; otras diversiones se pueden calificar de menor entidad, entre ellas la del barrio del Cuate, entonces los muchachos se visten de soldado y marchan por las calles; alborótase la poblacion con el nombramiento de coronel, oficiales, sargentos y demás.

Los edificios mas notables son: la prefectura, amplio y hermoso local; la parroquia, antigua iglesia de los franciscanos, de bóveda, con su altar mayor en el que aparece la Virgen de Guadalupe y otros cuatro altares laterales, además de los que tiene en el crucero; arriba de la puerta que da entrada á la sacristia, hay un buen cuadro que representa la Última Cena de los apóstoles; la iglesia tiene bastante luz, recibéndola en parte por la linternilla que es de cuatro ventanas; dos puertas le dan entrada y adorna su exterior una esbelta torre. La iglesia del Señor del Hospital es alegre y está muy adornada, con sus altares estucados, de bonita y moderna apariencia; en el mayor está un Señor recostado y se ve allí también la Virgen de Guadalupe. Otras iglesitas se levantan en los barrios de San Mateo, San Pedro, Santa Cruz de Arriba y Santa Cruz de Abajo. Las mejoras de la poblacion, datan desde que, en 23 de Diciembre de 1826, se acordó por el Congreso del Estado de México, que Texcoco fuera su capital y así se verificó, aunque á los pocos meses fué trasladada á Tlalpam.

En el centro de la plaza mayor ó del mercado, se levanta un monumento recién construido, que carece de inscripciones, pero tal vez señala el sitio en que estuvo el palacio de Netzahualcoyotl. Á un lado de la plaza hay dos amplios galerones, bien cubiertos para preservar de la intemperie á los concurrentes: allí se venden sombreros de paja muy finos y bien tejidos, rebozos, zapatos, mercería, toda clase de frutas y no faltan en los dias de *tianguis*, la roleta, los albures, las rifas de cartas y el carcamán. Cada domingo concurre enorme cantidad de indígenas á vender y comprar, siendo Texcoco uno de los pueblos en que ha quedado en considerable mayoría esta clase de la sociedad.

En la plaza principal, en el lugar en que, segun tradicion, estuvo ese palacio de los reyes texcocanos, se conservan todavía hoy grandes piedras labradas con perfeccion. Las ruinas de los edificios forman prominencias y si se hicieran escavaciones se extraerian piedras de gran mérito. Restos de la antigua Texcoco se encuentran constantemente en las sementeras donde el arado tropieza á veces con las ruinas, los cimientos y los pisos de las que fueron habitaciones.

Texcoco se sostiene de varias industrias valiosas: la compañía minera de Real del Monte y Pachuca, explota allí la sal para sus haciendas de beneficio y la sosa que expende para otros ramos de la industria, semanariamente paga á los jornaleros de setecientos á ochocientos pesos; hay muchos tanques en que se verifica el beneficio, unos cubiertos para la sosa, otros á la intemperie para el cloruro de sodio. Las fábricas de vidrio dejan á los jornaleros mas de mil pesos semanarios; pero la industria mas productiva es la de objetos de barro para usos domésticos, siendo esta loza la de mejor calidad conocida en los alrededores de la capital.

Hoy nada conserva Texcoco de su antiguo esplendor. Los vestigios del palacio de sus reyes que se registran en la plaza principal; los cimientos de los edificios descubiertos por el arado en campos que se destinan á las siembras; algunos ahuehetes, restos de los paseos y las ruinas del cerro de Tetzcucingo, atestiguan solamente su pasada grandeza. Dista cerca de una legua de la orilla oriental de la laguna y la base de la torre de San Francisco está once metros cuarenta y tres centímetros sobre la superficie de las aguas; la poblacion con los barrios se calcula en ocho mil habitantes. Comercia con México en maíz, trigo, frijol, haba, cebada y alverjon. Antes subsistian los habitantes del producto de los telares en que tejian mantas y de la fabricacion de sombreros de palma; destruidas estas industrias, se dedican al cultivo de los campos, servicio de las haciendas, elaboracion de vidrios planos y de sal. El tráfico se ha hecho por dos canales, uno de los cuales aun no está concluido y se proyectaba llevarlo hasta el centro de Texcoco. En el vaso del lago, se encuentra al Norte una vía abierta por los vecinos, desde cerca del pueblo de Totolcingo en direccion del Peñon de los Baños y casi hasta la orilla; la continuacion del canal de San Lázaro, se extiende hasta el pueblo de Chimalhuacan, esa obra fué hecha con objeto de que el comercio no se interrumpiera en tiempo de secas. Hoy, el ferrocarril que se prolonga hasta Irolo, ha destruido casi completamente ese tráfico por agua; sigue esta vía paralelamente á la de Chalco hasta el pueblo de los Reyes;

allí se apartan yendo la una rumbo al Sur y la otra al Norte. Desde que se separan, entra la de Texcoco ó Irolo por terrenos fértiles sembrados de trigo y maíz, atraviesa las estaciones de San Vicente y hacienda de Chapingo y poco despues llega á Texcoco.

En el cerro de Tetzcueningo, aun puede encontrar el viajero los vestigios del palacio de recreo de Netzahualcoyotl y se ve labrado en una peña el baño de este príncipe y el caño que de un cerro al otro conducia el agua; parte de la escalera que segun tradicion bajaba á los jardines y algunos restos mas de escaleras y habitaciones. El tiempo ha acabado con los monumentos que debieron haberse conservado, no solamente como obras de arte, sino para estudiar el adelanto á que habia llegado una Nacion que procuraba su progreso y engrandecimiento.

En los cerros y la planicie de Texcoco, se han encontrado huesos de mastodonte y de otros animales de extraordinario tamaño; de éstos y de porcion de objetos de piedra, barro y obsidiana, se han hecho remisiones al Museo de México desde el año de 1839; poco es lo que se ha podido coleccionar por el desprecio con que es visto entre nosotros cuanto pertenece á los antiguos mexicanos y que los extranjeros, conocedores del mérito, han sabido adquirir. Aun podrán sacarse muchos objetos curiosos y acaso de valor que están enterrados, segun sucedió con las preciosidades que encerraba una caja de piedra encontrada el mes de Setiembre de 1854, al abrirse el nuevo canal.

Es feraz el suelo de Texcoco y benigno su temperamento, por eso se producen maravillosamente las semillas y plantas de los climas templados, cosechándose con abundancia los granos y legumbres. El árbol del Perú, sauces, fresnos, nopales, olivos, chavacanos, mangos, duraznos y otros frutales, se desarrollan muy bien; se conservan en Texcoco y la Hacienda Chica, multitud de sabinos ó ahuehetes de tiempo inmemorial, que sorprenden por su elevacion y hermosura del follaje. En los montes inmediatos crecen el oyamel, encino, madroño, cedro y sauz. En los cerros llamados de Tlaixpa y Purificacion, distantes de Texcoco ménos de dos leguas, hay vetas argentíferas que fueron trabajadas y abandonadas y tambien las hay de fierro, cuarzo y yeso.

Buena agua potable disfrutan Texcoco y sus barrios; nace de un manantial al pié del monte, en un punto llamado San Francisco y de ella se aprovechan tambien varias haciendas por periodos que tienen señalados, despues que ha servido en los molinos de Flores y de la Blanca. Hay tambien en Texcoco pozos, pero el agua no es del mejor gusto.

Además de la clase indígena, concurre frecuentemente á esa y las poblaciones vecinas para comerciar y arreglar sus negocios, otra que vive regularmente en la soledad del campo, retirada del movimiento y bullicio de las ciudades y aun de los pueblos pequeños: los rancheros, exentos de las necesidades de las grandes poblaciones y sujetos tan solo á las que satisfacen sin costosos sacrificios.

Tambien entre ellos han producido variaciones los diversos cambios políticos, con sus revueltas y desórdenes, y mucho ha perdido la vida del campo de la pure-

za y sencillez que tuvo en otros tiempos. Sin embargo, el ranchero ha resistido á las exigencias de la moda y queda aún en él mucho del tipo nacional. Entrégase por completo á las asuntos del campo, al cuidado, conservacion y aumento de los ganados; los que se dedican á este género de ocupaciones, manejan muy bien sus caballos; del cultivo de las sementeras, en los alrededores de México, se encargan casi exclusivamente los indígenas, sin mas descanso que el domingo y á veces trabajan aun en éste dia; gravitan sobre ellos mil penalidades, se sustentan con escaso y miserable alimento y habitan en una choza expuesta generalmente á la intemperie. Los jornaleros, sufridos, agobiados por la miseria y el dolor, tienen la mirada triste y melancólica, en la que se retrata el abatimiento, del que no salen sino de vez en cuando, en las fiestas de los pueblos, en las que gastan cuanto dinero tienen y queman multitud de cohetes y toritos. En sus fiestas se oye el violin, el tambor, el pito y la marimba. Los habitantes de los campos son arrancados muy á menudo del hogar para engrosar las filas del ejército. Cuando á los jornaleros les falta trabajo, se ven obligados á alimentarse con quelites, verdolagas, malvas y lechuguilla, ó animalejos del campo. En la época de tunas, se alimentan con ellas en las nopaleras; pero es un alimento poco nutritivo y que por el exceso con que lo toman suele serles dañoso.

Los rancheros, en cualquiera de sus dos clases, son poseedores casi siempre de algun huerto. Sus trajes varian mucho: á veces se visten con un calzon ó calzonera de cuero de venado ú otra piel más suave y las adornan con hileras de botones de metal corriente ó de plata y con galones ó cintas anchas de paño ó pana; usan muy poco la bota de campana que en otro tiempo bordaban con diferentes dibujos y se la sostenian con un atadero; existe muy generalizado el sombrero tendido, de anchas alas, con chapetas de plata y toquilla y jamás falta el jorongo: otros usan una especie de chaqueta de cuero y las *chaparreras*, sin que nunca dejen la reata y el machete.

Los rancheros son en lo general amigables, candorosos, sumisos, laboriosos y sufridos ó cabilosos y desconfiados, aunque no lo bastante para que no abusen de ellos frecuentemente los curiales y tinterillos. Sus casamientos son dignos de narraciones especiales. Son muy afectos á los buenos caballos, que saben manejar y domesticar; lazar es uno de sus gustos dominantes, colear, manganear y jugar carreras de caballos, son las diversiones favoritas, los mayores placeres del ranchero.

Texcoco, colocado cerca de una extensa laguna, en medio de un valle y rodeado de árboles y de hermosa campiña, ofrece un aspecto pintoresco; aunque su clima es benigno y cuenta con elementos para la subsistencia barata, atraida su poblacion por la capital de México, ha quedado casi yermo; ya no se ven las fábricas de cigarros, ni los talleres en que se tejia el algodón, ni las buenas tiendas de ropa.